

Renato Descartes, el buen conductor de su razón

CARLOS BALIÑAS*

EN LA CARTA-PRÓLOGO A *LOS PRINCIPIOS DE LA FILOSOFÍA*, Descartes invitó a que primeramente se leyese el libro de corrido «como una novela»¹. No fue manifestación que se le escapase en un momento cualquiera y de paso –*per transennam*, decían los viejos manuales escolásticos en latín–; lo dijo en un prólogo, esto es, en un momento de hacer declaraciones solemnes, y lo dijo acerca de un libro donde se resumía toda su filosofía, lo que implica que vale de toda ella.

¿Por qué no hacerle caso y leer no solamente este libro, sino los que coincidan con él en tema, como una novela? Al igual que un mapa, un sistema filosófico es un conjunto de elementos sincrónicos donde no hay sucesión interna; todo nos viene dado panorámicamente a la vez; lo que haya de sucesividad lo pondrá el lector en cuanto toma tal o cual perspectiva, ésta antes y aquélla después. Por el contrario, un relato distiende un proceso cuyos momentos van concatenados en línea sucesiva: los anteriores preparan los venideros y éstos tienen su sentido en reciprocidad con aquellos. El remate completará el sentido². Por eso los

* Universidad de Santiago de Compostela.

¹ «Yo añadiría todavía una diferencia acerca de la manera de leer este libro y es que primeramente se lo lea todo seguido tal como una novela [*roman*]».

² Eso es lo que dice San Agustín del tiempo, cuando lo compara con un *carmen*, poema cantado (*Confesiones*, lib. XI). En otros lugares dirá de la Historia Universal que es un *carmen ex antithesis*.

analistas de la literatura hablan, desde la Antigüedad, de ‘nudo y desenlace’. Si no se consigue desatar el nudo, traerán al *Deus ex machina* que corte ‘el nudo gordiano’.

En una novela –sirva la novela por representante de todo relato– hay, pues, un argumento que tal vez se disocie en argumento o trama³. Hay también un protagonista, quizás con antagonistas, el cual cumple una aventura, probablemente por tramos que completan una trama. Lo cual establece un tiempo intrínseco, aparte de la cronología histórica externa. El personaje se caracterizará por algunos rasgos: ésos que le dan ‘carácter’, esto es, marca. En casos, ese carácter trascenderá a la persona, convirtiéndose en símbolo (Don Quijote, Fausto...), lo cual le hará entrar en cotejo y relaciones varias con otros símbolos.

Ingenuamente leemos a Descartes, como a cualquier filósofo, interesándonos por la verdad de las proposiciones. Sin duda, así se leía a sí mismo el propio autor, si bien la observación antes mencionada delata que, en un momento de fulguración, se percató de que también actuaba en el caso otra cosa: el libro mismo, la secuencia según la que compone el discurso. Con la atención puesta exclusivamente en el contenido, le han leído también los más ilustres comentaristas⁴. Se trocea el discurso en átomos de afirmación (tesis) y se comprueba si la tesis es verdadera, si valen las pruebas, etc. A lo más se analiza si unas tesis van coherentes con otras hasta constituir un conjunto doctrinal con coherencia lógica interna. Violentemos, sin embargo, nuestra predisposición a situarnos como espejo y juez: espejo de la presunta Realidad y juez de la Verdad. Aquí estoy invitando a que el lector deje al margen la Verdad y se ocupe conmigo de reparar en la secuencia cómo la presenta. Probablemente al lector le parezca en este momento que se le está invitando a un mero *divertimento* curioso. Confío en que, al cabo, se haya percatado de que el intento valía la pena porque este otro modo de leer a Descartes nos descubre algo en que no se reparaba y que afecta al contenido.

³ Debemos esta diferenciación a los ‘formalistas’ rusos de los años veinte. Tirso de Molina, el autor del libreto de la ópera de Mozart, «Don Giovanni», y Zorrilla en el siglo XIX cuentan el mismo argumento con distinta trama. El argumento sigue la *consecutio temporum*. La trama la pone el autor, para crear ‘enredo’ y puede anticipar una escena, incluyendo más tarde lo que la precedió. Así el que acomoda una autobiografía al cine, quizás inicia el filme con una escena donde el personaje, moribundo, recuerda su vida y, tras ello, sigue el orden efectivo de la autobiografía. A lo que aquí he llamado argumento también se le denomina por otros *fabula*, *historia*.

⁴ Por ejemplo Gueroult en su clásica monografía, no hace alusión alguna a lo que yo voy a presentar.

I. EL ARGUMENTO

Porque cuando se lee el *Discurso del método* no se atiende a la hechura de libro, pocos serán los que hayan reparado en que el título continúa: «para conducir bien su razón y buscar la verdad en las ciencias».

‘Discurso’ traducía al romance lo que los latinos y todavía los renacentistas decían en latín *oratio*. O sea lo que, hasta el siglo XIX andado, se llamaba también ‘discurso preliminar’. Pero también cabe entender de otro modo la voz. Discurso: proceso de discurrir, proceso de pensar, en parecido sentido a cómo discurre el río siguiendo su curso por su cauce. Lo cual nos remite al discurso de la vida: «Nuestras vidas son los ríos...»

En el *Discurso del método*, ese itinerario de pensar viene redactado en primera persona y con referencias a datos de su persona. ¿Una autobiografía? No sólo o no precisamente. Por otras informaciones, sabemos que omite hechos que no debiera omitir si hubiese intentado contar su biografía intelectual hasta aquel momento (tenía entonces cuarenta y un años): indicio de que no le interesaba recordar los fracasos o los caminos errados, sino solamente lo exitoso. Lo que él presenta es un proceso de pensar que él habría cumplido el primero, pero que no importaría por ser el suyo, sino por modelo para todos y cualquiera.

Pero he aquí que en otros libros posteriores repetiría ese mismo proceso, aunque ya mundo de referencias autobiográficas, a modo de bien común y programa para todo el que se proponga alcanzar esa misma meta. Es lo que voy a denominar el Orden Correcto de la Razón.

Sean las *Meditaciones metafísicas*. Es una reflexión de un sujeto impersonal que va meditando en prosecución de unos ‘puntos’ prescritos, tal como se hacía en las técnicas de meditación religiosa que, por entonces, se impusieron. Con el mismo contenido y proceso, todavía dos libros más. *Los principios de filosofía*, un tratado: *La investigación de la verdad*, un diálogo⁵. Tenemos, por tanto, el mismo proceso en cuatro géneros literarios diversos. De una de esas presentaciones, la de los *Principios*, ya dijo él mismo en el prólogo –y podría haberlo dicho de las cuatro– que se la debería leer, primeramente, toda seguida y de corrido «como si fuera una novela». ¿Por qué? Sin duda, porque cada proposición solamente acabará de ser comprendida yendo por sus

⁵ Como complementarios han de ser visto este otro grupo constituido por las *Objeciones y Respuestas*, las *Reglas* y la *Conversación con Burman*. Corresponden a lo que, respecto a una pieza teatral, son las ‘acotaciones’ que el dramaturgo hace para servicio del director de escena.

‘pasos contados’ y a la vista del desenlace que da sentido retrospectivo a lo precedente. Igual que en un relato.

Estamos, pues, ante un discurso *narrado*, una sucesión de pensamientos que se cuenta para que el lector la repita él mismo. En varias ocasiones insistirá en que debe hacerlo todo hombre, al menos una vez en la vida (*semel in vita*). Lo que nos remite, por paralelo, a otro proceso de pensar muy conocido en la época en que Descartes escribe: los *Ejercicios espirituales* de Ignacio de Loyola⁶.

Si este análisis vale, deberemos distinguir entre verdad y sentido. Que lo pensado y enunciado sea o no verdadero, deberá decirlo la confrontación con la Realidad. Por el contrario, el sentido que tenga no le vendrá solamente de que lo tenga cada proposición y el conjunto del libro, que es el sentido que le pedimos a una monografía o un tratado. Además de éste, habrá otro sentido: el que se le pide a un relato: el de un argumento y un desenlace que le ocurren a un personaje.

II. AMPLITUD DEL PROCESO

Porque los posteriores releen a los anteriores conforme a sus propios intereses, hace tiempo que a Descartes se le presenta como filósofo, dejando en sombra otras facetas. Su programa, sin embargo, y la imagen que de sí mismo se hacía él, eran muy otros. Comenzó por ocuparse con la filosofía porque juzgaba que la ciencia era un árbol cuyas raíces son la metafísica, cuyo tronco es la física y cuyos frutos eran la moral y las

⁶ Famosos libros de ‘Meditaciones’ fueron los de los Padres Lafuente, La Palma, etc. Un precedente en filosofía eran los *Soliloquios* de San Agustín, si bien en éstos el autor se desdobra y dialoga con un tú. Algo similar son los Diarios Filosóficos, pero en éstos hay una mayor vinculación a la persona de su autor y a sus circunstancias. Al género redaccional de las Meditaciones se aproximan también los Pensamientos (Marco Aurelio, Pascal), pero éstos no van calculados según un plan para ser asumidos por el lector. No soy el primero en notar la similitud de la *Meditaciones Metafísicas* con las *Meditaciones religiosas* y los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio de Loyola. Acerca de ello veo citado el libro L. J. Beck, *The Metaphysics of Descartes. A study of the Meditations*. Oxford: Clarendon Press, 1965, pp. 28-38, que, por desgracia, no he podido consultar. Los *Ejercicios* de San Ignacio son una serie de meditaciones a hacer precisamente en un orden determinado durante seis días (o bien durante un mes) de retiro bajo la dirección del ‘director espiritual’ que comenta el guión de San Ignacio. Mientras duran, no se permite hablar a no ser con el director. La primera se titula «Sobre el principio y fundamento». Seis son también las *Meditaciones* de Descartes. En éstas un yo, que se declara en ‘apacible retiro’, va reflexionado ‘sobre Dios y el alma’. Sin embargo, el texto lo habrá compuesto alguien (Descartes), por lo que desempeña análoga función a la de Loyola, inventando los tales *Ejercicios*.

ciencias prácticas como la medicina. Si hoy lo estudiamos solamente como filósofo, se debe a que, dado que la ciencia avanza, cada etapa anterior queda asumida y olvidada por las sucesivas. Su aportación a la ciencia, sobre todo en la matemática, quedó atrás, olvidada y diluida en el anonimato de lo que es bien común. Sus ideas de filosofía, en cambio, seguimos teniéndolas en cuenta porque en filosofía no siempre lo sucesivo anula lo anterior, y muchas de sus ideas siguen teniendo poder de convocatoria a la reflexión. En todo caso, él no aceptaba que se desvinculasen su aportación a la ciencia y su metafísica. Cuando un discípulo prescindió de su filosofía, se apresuró a desautorizarle⁷.

Compartiendo el candoroso optimismo *fáustico* de la época, tampoco Descartes se señala límites. Él se inscribe en el Conocimiento, ‘las ciencias’, partes de un mismo árbol, manifestaciones de la *sagesse universelle*, que como el sol no es afectado por la variedad de objetos que ilumina⁸.

III. EL ‘CHARACTER’

Para que un personaje literario tenga calidad, habrá de tener *carácter*, estar fuertemente *caracterizado*, lo cual exigirá desdeñar u omitir aspectos casuísticos atenuantes o despistantes, aún a riesgo de dejarle al borde la caricatura.

Que este proceso que Descartes presenta tiene algo de teatralidad, de extremo, de maximalista –tal como lo es la Geometría con respecto a la Agrimensura y la Topografía– lo inferimos hasta de ciertos rasgos. Cualquiera descubre en los escritos cartesianos ‘cosas’ que aún hoy –después de mellado el escándalo por la habituación– sorprende que pueda asumirlas ningún individuo como propias. ¿De verdad practicó y es capaz de practicar nadie esa duda universal, aún hipotética, que propone como punto de partida? También el tramo final sorprende. Descartes concluirá que cuanto no sea espíritu (pensamiento, yo) es pura materia extensa y mecánica. Ya entonces, a pesar de haber mayor candor, sorprendió aquel rudo mecanicismo que conduciría en el siglo siguiente a lo que se llamó el ‘hombre máquina’. ¡Extremosidades raras en alguien que tantas veces apela al buen sentido! Pero en lo que atañe a ese determinado ordenamiento de cuestiones y respuestas no varió. Y todos los indicios conducen a suponer que, efectivamente, Descartes estaba en

⁷ Véase R. Descartes, «Carta-prólogo al traductor» en *Los principios de la filosofía*. El discípulo era H. Regius.

⁸ R. Descartes, *Reglas*, I.

serio cuando establecía ese camino como fijo y el único válido *semper et ubique*. Tanto que alentaba a que cada uno lo hiciese ‘por lo menos una vez en la vida’.

IV. EL PERSONAJE

Ahora bien, ¿estamos ante la novela solamente del individuo Descartes? Si entregó ese Orden Correcto de la Razón al público para que lo siga y asuma, el personaje o protagonista ya no es solamente el individuo Renato Descartes, sino un personaje impersonal, que somos cuantos lo asumamos, y cuya denominación habrá de venirle de su función. Si el Método es «para conducir bien su razón e investigar la verdad en las ciencias», deberemos llamarle el Buen Conductor de su Razón, programa que puede serlo cualquiera que se lo proponga.

Sin duda, en el modo de proceder que Descartes presenta hay rasgos que son peculiares de la persona y que legítimamente consideraremos privativos. No obstante, si ponemos en cotejo el relato autobiográfico del Discurso con los otros libros de contenido paralelo, estamos legitimados a pasar de una autobiografía a una *fábula* (historia), de Renato Descartes a un personaje impersonal.

V. METODO «PARA CONDUCIR BIEN...»

Eso de ‘conducir bien’ conlleva algunas implicaciones respecto de la razón que, a pesar de su obviedad, no suelen tenerse en cuenta.

Si se la puede y debe conducir, se deberá que la razón no consiste solamente en una facultad –una capacidad– que acierta sin más si mira desde el ángulo adecuado. Si se la puede conducir bien o mal se deberá a que la razón es algo conductible –como un carruaje, como un animal doméstico, como una persona a la que se guía – y en riesgo de éxito o fracaso. Razonar no equivale, pues, a lo que por tal se entendía tradicionalmente en contexto con la Lógica. De ésta se decía que era el ‘arte del razonamiento’, *ars directiva actus rationis* (Tomás de Aquino). De donde que razonar fuese inferir por inducción y deducción... En lo que Descartes expone va implicado que lo primero sea pensar (*cogitari, penser*). Es en las *cogitationes* donde se nos da realidad. Lo cual implica que *cogitatio* implica más que por lo que tal consideramos: no solamente abarca los actos de razonar, sino también de dudar, examinar, incluso sentir⁹ ...

⁹ Como se sabe, Descartes, igual que los racionalistas de estos siglos, tendrán a los sentimientos por ‘ideas confusas’.

Razonar bien incluirá ‘pensar bien’, no solamente con rectitud lógica (de Lógica Formal), sino también según lo que llamo *Lógica de sentido*, la que cualquiera emplea igualmente en su pensar de la vida cotidiana, la de quien practica la cordura y, a poder ser, con ‘buen juicio’ o ‘buen sentido’¹⁰. De ahí que tantas veces incluya Descartes comparaciones con el proceder ‘razonable’ en la vida cotidiana. Pero ¿quien conduce? ¿Quien es el conductor? *Cogito, ergo...* Ese yo no solamente está dotado de la facultad de razonar, sino de la posible virtud de conducir bien, pero tan poco ejercitada hasta entonces que él es el primero en haber descubierto y enunciado el Orden Correcto de la Razón.

Este enfoque erosiona también la acepción usual de ‘método’. En la Metodología de las ciencias se entiende por método el procedimiento adecuado para llegar a que determinada cosa nos sea conocida. En cambio, el Método de Descartes lo es para *el sujeto* pensando, para que *piense bien*, para que conduzca adecuadamente su razón. ¿Meta? No realidad alguna que, así, resulte conocida, sino solamente «conducir bien para (= en la tarea de) investigar la verdad en las ciencias». Por tanto, no ofrece un procedimiento, como cuando se habla de ‘métodos de análisis y de síntesis’. Lo que nos da bajo tal nombre es un viaje a realizar, repitiendo el que él, el individuo Descartes, hizo. Un carruaje deja un camino abierto, al menos unas roderas; quien ha culminado la ascensión de una montaña ve, desde arriba, el camino adecuado, que a lo mejor es único. Este viaje de pensar deja establecida detrás una conducta, que en este caso es la secuencia de temas y proposiciones que queda estereotipada y debe ser asumida por todo el que quiera conducirse bien y progresar. Por otra parte, si Descartes la enuncia y publica, será porque está en la convicción de que el conducir bien es digno de elogio e interesa a otros, al revés del no conducir o conducir mal. Nos quedamos, pues, con una conducción encomiable y modélica para todos. Pero ¿quien conduce? Concretamente, tal o cual sujeto humano, pero en una función que ya no es de ningún individuo, sino de un personaje, de un arquetipo, lo que llamaré –para evitar malentendidos con los arquetipos de Jung– un *arquemodelo*. Lo que él está escribiendo y describiendo, aunque no se percatase de ello, es la novela del Buen Conductor de su Razón, un ideal que se lleva dentro y a realizar el cual se estimula.

¹⁰ Aún entre cuerdos, puede haberlos que se conduzcan de modo poco razonable y hasta insensato. Carecen de esa virtud que denominamos de varios modos y que Descartes llama indistintamente *bon sens, bona mens...* «que es lo mejor repartido del mundo puesto que cada cual juzga tener el necesario».

Si el individuo Descartes pudo dar al público su camino como modelo, ejemplar o prototipo valedero para todos¹¹, habrá sido por estimar que él había hecho suyo y realizado ese Arquetipo. Aunque él no se percatase, era más que por cortesía por lo negó que se estuviese proponiendo a sí mismo como modelo: el modelo era aquel arquetipo. Él, en cuanto persona, solamente daba testimonio y, si ejemplo, en segunda potencia. Ciertamente que, en parte alguna de sus escritos encontramos tal expresión en sustantivo (el Buen Conductor de su razón), ni tampoco la descripción de ese modelo: falta también una lista de sus virtudes características, así como de los elogios y premios que merecería, etc. De ello habremos de inferir que se hallaba a retaguardia de su conciencia (en su *cisconsciente*). Somos nosotros quienes, de la acción que propone, extraemos el *arquemodelo*, un modelo que va en lo *arcaico* y *árquico* de la mente. Por eso, si en el *Discurso* narra el viaje en tiempo pretérito, en las *Meditaciones* lo narra en tiempo presente, esto es, intemporalmente y en la Investigación de la verdad hasta se permite ponerlo en boca de un interlocutor que conversa con otros¹².

Ahora bien, nadie, por más que lo pretenda, consigue identificarse del todo con un arquetipo o prototipo impersonal: lo que vengo llamando Arquemodelo. Siempre habrá de hacerlo desde una determinada idiosincrasia y circunstancias, que no serán las de otros: Descartes, primer buen conductor, no puede dejar de ser este individuo concreto. Podemos, sin embargo, prescindir ahora de los detalles históricos de la persona —lo que haya sido privativo del francés, lo cartesiano—, a fin de aislar lo que en ese discurso corresponde al ‘tipo ideal’.

Hay, pues, que exhumar y analizar el arquemodelo o figura ideal que quedó implícito en sus textos, pero sin el cual nunca habría concebido el proyecto que pretendió realizar ni lo habría ejecutado. Y, a la vez o seguidamente (porque ambas cosas se implican), estudiar el proceso

¹¹ Es cierto que Descartes negó que estuviese poniéndose a sí mismo como modelo (Véase *Discurso del Método*, par. II, en *Oeuvres et lettres*. Paris: Gallimard-La Pléiade, 1958, p. 135), pero evidentemente se trata de una manifestación de cortesía y modestia.

¹² Es sabido que, no disponiendo el lenguaje (al menos las lenguas indoeuropeas) de un tiempo para lo eterno, se vale del presente. De ahí que cuando un narrador se emociona tanto que se hace presente al suceso, pasa a expresarse en ‘presente’ (lo que, respecto de los historiadores, se llama ‘presente histórico’). Por la misma licencia, los historiadores antiguos no dudaban en inventar discursos a sus personajes. Es la misma licencia por la que toleramos a un relatante emocionado que repita lo que dijo en una ocasión importante, aunque ningún documento registre tales palabras y es de suponer que la memoria le invite a decir lo que, en cualquier caso, hubiera dicho ahora.

consiguiente en cuanto secuencia de discurso con sentido que puede ser narrado y que, al menos la primera vez, debe ser leído de corrido 'como una novela'.

VI. EL PERSONAJE EN SU CONTEXTO DE EPOCA

Desde este enfoque, comenzamos a comprender que, sin darse cuenta, Descartes estaba obedeciendo a un paradigma de época y que la caracteriza.

Por los siglos finales de la Edad Media e iniciales de la Moderna se publican muchos escritos con el título de «Espejo de...» (del «buen cristiano», de «la perfecta casada», etc). Además, todos tenían en las manos el libro de Kempis: la *Imitación de Cristo*. Pero había más que estos modelos morales. Por entonces otros individuos cultos se proponían alcanzar también ideales utópicos de conocimiento. Estaba también el *polyhistor* que pretendía acumular todo el saber heredado. Había el *Novum Organum* de Lord Bacon y el *Saggiatore* de Galileo, que proponían un método que nos llevaría de golpe a conocer la naturaleza. Por el ingenuo optimismo del título de su libro, comprobamos lo que, por otra parte, confirman otras informaciones que tenemos de Descartes: éste creía que existía un solo método, un método capaz de llevarnos a la verdad en las ciencias, en todas ellas como si fuera una sola. Ahora bien, a unos y otros Descartes les criticará por carecer del método adecuado, el que la razón lleva dentro, tal como la larva del insecto lleva las etapas que llegará a ser según se complete la metamorfosis. Tal es el que él va a ofrecer: el que sale de la razón misma y no se sale de ella.

La mentalidad de cada época se desnuda en aquellos ideales que se propone como aspiraciones, aún desconfiando de alcanzar la meta. Fueron aquéllos siglos que gustaban de proponer modelos. En tal sentido, a la mente de cualquiera le vienen, en ese caso, otras figuras también ideales y modélicas que otros trazaron también para ser realizadas.

Recordemos algunas.

El Príncipe (Maquiavelo, pero también otros autores como los españoles Guevara y Saavedra Fajardo, entre otros). Era diverso el retrato ideal que trazaban, pero en todos ellos estaba la conciencia de que el Estado Moderno demandaba otro tipo de gobernante. Ese que llamaban 'el príncipe' y cuyas virtudes describían.

Baltasar de Castiglione, en el siglo XVI, había descrito al que llamó *galantuomo*, expresión que se tradujo al castellano por *caballero*, por *gentilhombre* y también por 'cortesano' (en el sentido en que un poeta moderno diría del rey Felipe IV «Nadie más cortesano ni pulido...»). Los franceses propondrán más tarde el ideal *l'honnête homme*, expre-

sión no muy diversa de lo que nuestro Baltasar de Gracián llamaría 'el Discreto'. Este tendría notable resonancia en toda Europa precisamente como promotor de modelos.

VII. PASO DE LOS MODELOS A LOS SIMBOLOS

Ahora bien, los ideales de una época se dejan ver también en las ficciones literarias aleccionadoras que caractericen a una época, que sean típicas de ella y no de otras. El personaje de ficción no está sometido al Principio de Realidad. El escritor que lo crea puede permitirse seleccionar un solo rasgo, exagerarlo, llevarlo a lo extremo. Está inventando personajes simbólicos, alegóricos.

Recordemos algunos de los relatos alegóricos más peculiares del siglo XVII.

¿Qué le ocurre a Don Quijote? Alucinado por la mucha lectura de Libros de Caballería, deja de ser el honrado vecino de un pueblo de la Mancha «de cuyo nombre no quiero acordarme» para alojarse en un mundo de ficción, que le hace anacrónico y grotesco. Liberado al fin de su engaño, muere siendo de nuevo «Don Quijano el Bueno». Andando el tiempo se hará del quijotismo una concepción de la vida (Miguel de Unamuno), pero en el discurso de la novela de Cervantes Don Quijote dimite de sí mismo y termina en Don Quijano el Bueno. Ya no hay «pájaros hogaño en los árboles de antaño».

Recordemos ahora a Segismundo, el protagonista de *La Vida es Sueño*. Desconfiando de todo por aquello de que un día se despierta en la prisión y otro día en los salones de la corte, también Segismundo entra en duda universal y terminará decidido a reinar con sensatez y moderación, no sea que todo aquello de la corte sea un sueño y luego venga el despertar a la triste realidad.

Recordemos, en fin, a los protagonistas de *El criticón* de Baltasar de Gracián: Critilo y Andrenio, dióscuros del mismo personaje. La pareja simboliza el ingenuo y el crítico, el hombre de la naturaleza el hombre de la cultura, respectivamente. Al cabo es Critilo quien desilusiona a su otra mitad de la ingenua confianza en cuantas mentiras, farsas y embelecocos hay en la sociedad.

Curiosamente el Camino o Método de Descartes cumple un curso parecido de peripecias. Ciertamente él, con su Orden Correcto de la Razon, no predicará una moral del desengaño, sino un programa optimista para el progreso de la Ciencia, pero comenzará también desde la duda y al cabo terminará también reconociendo la 'debilidad de la naturaleza humana' para conducir siempre bien la razón.

Pero inicialmente el *Discurso del Método* es un programa del todo optimista y Descartes el 'primer hombre moderno', por ser el primero que se entrega del todo a la razón y sólo a la razón.¹³

En un libro muy leído en la primera mitad del siglo XX, *La Decadencia de Occidente*, Oswald Spengler caracterizó al hombre de la cultura occidental como el 'hombre fáustico'. El hombre del siglo XVI y siguientes se niega a reconocer que tiene y hay límites. Con Elcano da la vuelta al planeta. Llevando en una mano el mosquete y en la otra el Evangelio, se fija como propósito someter y colonizar a todos los demás pueblos: América en los siglos XVI y XVII, África y Asia en el siglo XIX. Con la Nueva Ciencia se propone conocer la Naturaleza para dominarla: *natura vincitur parendo*. Con el ocultismo y las sectas secretas escudriña también lo recóndito refractario a la razón diáfana. Y Fausto, el personaje de Goethe, no duda en vender su alma al demonio para conocerlo todo y para hallar la felicidad a cualquier costa, aunque sea para sólo un momento de plenitud de placer.

Descartes va a ser el Fausto de la razón. Lo que alquimistas y ocultistas buscaban por el atajo, él se propone hallarlo practicando un camino público. Pero su confianza candorosa en las fuerzas del conocimiento no será menor que la de aquéllos. Al final del *Discurso* —cuando tenía cuarenta y un años— se reconoce capaz él solo de terminar su proyecto y, en algún momento de su vida, soñaría con poder evitar su propia muerte si alcanzaba a descubrir la «fábrica del cuerpo humano».

Su confianza en la razón se revela hasta en el hecho, a primera vista anecdótico, de que se atreva a escribir filosofía en francés y a dejarse traducir. Tanto cree en el buen sentido que no considera imprescindible la 'lengua de los doctos'. Este proceso del Orden Correcto de la Razón, lo va a presentar en un estilo literario donde la redacción fluye llana, dúctil, con menciones a menudos hechos de la vida cotidiana, porque su razón es el ejercicio del buen sentido o *bona mens*. Aunque todavía emplee también el latín, es el primer filósofo que se atreve a escribir filosofía 'pura y dura' por largo y de corrido en una lengua moderna.

VIII. LA AVENTURA

Lo necesario, lo que siempre fue y será como es, no se relata: eso se lo constata y describe. Relatar implica que un personaje lucha con el tiem-

¹³ Prescindo del problema suscitado porque, a la vez, atribuya a la Voluntad Divina el poder incluso de variar las 'verdades eternas' y a la voluntad humana el poder de torcer el recto entendimiento.

po, con lo contingente (lo que es pudiendo no haber sido y dejar de serlo), se encuentra con dificultades y obstáculos, triunfa o fracasa. La historia que quede fija y formando ya parte de la Historia, habrá sido una posibilidad entre otras. Lo dicho implica que, antes de contarla, esa historia habrá sido una aventura, donde al sujeto le ocurren peripecias. ¿Qué le ocurre a este personaje? De nuevo, leámosle como quien lee una novela.

Ante todo, ¿qué le ocurrió para ponerse en marcha?

«Como un hombre que marcha solo y en tinieblas...», dijo de sí mismo en una de sus páginas. Por unos escritos de juventud, aparecidos tras su muerte¹⁴, sabemos que llegó a descubrir o, al menos, a avizorar ese Orden Correcto en unos días de zozobra y sueños turbadores.

«Día 10 de noviembre de 1619, encontrándome rebotante de entusiasmo al encontrar los fundamentos de una ciencia admirable».

Curioso: el padre del racionalismo vislumbra su Método en un estado anímico de entusiasmo, tras despertar de unos sueños enigmáticos, cuando tenía veintitrés años. Y tan entusiasmado se hallará con su descubrimiento que se propondrá ir en peregrinación al santuario de la Virgen de Loreto, en Italia. La Virgen de Loreto, la patrona de la aviación...

Pero de esto nada dijo en esa autobiografía que dice ser el *Discurso del Método* y, aún si lo hubiese omitido por otros motivos, estaba legitimado a hacerlo: él está presentando la aventura del Buen Conductor de su razón, no las peripecias intrascendentes de su persona.

Lo que en los párrafos siguientes diré es tan conocido que basta con unos ligeros apuntes. Lo que importa de ellos es la novedad del enfoque. No me interesa lo que el consciente de Descartes dijo, sino lo que hizo clandestinamente su *Cisconsciente*. Lo que el propio autor relata como una aventura, autobiográficamente y sin cortes, intentemos verlo como los tres tramos del Orden Correcto de la Razón, esto es, la aventura del Buen Conductor de su Razón que se encuentra en un 'nudo' (la desazón de la duda) y llega a un desenlace satisfactorio.

1. PRIMER TRAMO: HASTA LA PRIMERA CERTEZA

Las metáforas que va introduciendo en sus escritos¹⁵ nos delatan el soporte psicológico o vivencial de su pensar. Hombre caído al agua que

¹⁴ Se los puede ver en Adam-Tannery, vol. I.

¹⁵ No me es posible presentar un estudio sobre el aparato icónico de Descartes, similar al que presenté en otro lugar acerca de «El mundo icónico de la *Crítica de la Razón Pura*». El presente artículo anticipa un trabajo más amplio sobre Descartes, del que éste es breve resumen. De todos modos, véase la Meditación Segunda, donde ya aparecen insinuadas las metáforas que acabo de mencionar.

busca angustiosamente tierra firme para hacer pie. Constructor que busca terreno firme para elevar su edificio. Físico que busca el punto de apoyo que Arquímedes demandaba para mover el planeta.

Descartes somete a duda cuantas certezas tenía hasta que encuentra una certeza cuya puesta en duda la refuerza. *Cogito, ergo sum*.

Leamos ahora en paralelo este pasaje de *El Criticón*, de Gracián, donde Andrenio cuenta de sí mismo lo que le ocurrió cuando se hizo adolescente en aquella isla donde había sido abandonado de niño sin compañía alguna: «Llegado a cierto término de creer y de vivir, me saltó de repente un tan extraordinario ímpetu de conocimiento, un tan grande golpe de luz y de advertencia, que, revolviendo sobre mí, comencé a reconocermé, haciendo una y otra reflexión sobre mi propio ser. ¿Qué es esto?, decía. ¿Soy o no soy? Pero, pues vivo, pues conozco y advierto, ser tengo» (Jornada primera, Crisis primera).

La similitud deja, a la vez, ver el contraste. El personaje *doble* de Gracián (su otra mitad, será Critilo) no hará de ello pilar de un método, arranque de un camino. Eso es, por el contrario, lo que caracteriza a Descartes, que es un filósofo y un científico. De la evidencia clara y distinta hará un criterio para decidir entre lo verdadero y lo falso por sólo aparente. Ahora bien, para eso se requiere que el sujeto no solamente piense, sino que dirija su pensar como quien conduce un vehículo. Obrando así, Descartes introduce una novedad que caracteriza a toda la filosofía moderna. Ésta busca, naturalmente, conocer, pero a través de pensar. Por ‘pensar’ va a entender todo el repertorio de actos relacionados con el conocer, incluidos el dudar, el estar seguro, el sentir, el decidir... Es una filosofía de la representación, esto es, donde las ideas son consideradas ‘representantes’ (de la realidad) y se debe, en consecuencia, pedirles sus ‘cartas credenciales’ antes de creerles.

2. SEGUNDO TRAMO: DESDE EL YO AL MUNDO EXTERIOR

El Buen Conductor de su razón necesita ahora encontrar algo cierto que, siendo exterior a él, le permita salir de sí mismo, del *solus ipse*, del solipsismo. Ese Poder Mediador y Garante será Dios. Siendo éste Perfecto, será también el buen Creador, y no habrá engañado a los humanos cuando les hace nacer seguros de que exista el mundo exterior: los otros cuerpos, los edificios, los montes, los mares... De que existan, porque de cómo sean, demasiado sabemos que hay errores, esto es, ideas ‘ficticias’.

Y aquí le esperan al Pensador dos hipótesis ominosas, que pueden dar al traste con todo: las que se conocen como hipótesis del sueño trascen-

dental¹⁶ y del Genio Maligno. ¿Y si la vida, incluso este momento de pensar, fuese un sueño, un sueño trascendental? ¿y si el Dios Creador fuese un ‘genio travieso’ que se complugo en engañarle?

Y de nuevo aparecen aventuras parecidas a las que le ocurren a los protagonistas de las piezas simbólicas antes mencionados. La hipótesis del Sueño Trascendental tiene un cierto paralelismo con la *Vida es Sueño* de Calderón de la Barca. Recordemos, si no, los famosos versos: «Que toda la vida es sueño, / y los sueños, sueños son». Pero el Buen Conductor podrá seguir su camino. Incluso si soñase, existo. Existo soñando, pero existo.

La segunda hipótesis se correspondía con la tradición de los dioses engañadores, del diablo, de las mentiras y embelecocos en que caemos cada día. Recordemos a Don Quijote. Caballero andante por la Mancha, encuentra con los molinos de viento, los embiste tomándolos por gigantes y sale malparado por las aspas. Cuando Sancho Panza le recuerde que ya él le había advertido que eran molinos y no gigantes, Don Quijote no se apeará de sus creencias mágicas. Son gigantes que, por quererle mal, han asumido de pronto la forma de molinos. Solamente, al final de la novela, de vuelta a su casa, se libraré de aquellas ilusiones y recuperará la sana razón.

Pero el Buen Conductor no caerá en la tentación de perder la fe en Dios y en la razón: Dios es la Razón misma a la que intenta aproximarse el buen conductor de la suya humana, y la Razón no engaña.

Rechazadas victoriosamente esas dos hipótesis, el Buen Conductor inicia la tercera etapa de su itinerario.

3. TERCERA JORNADA: EL MUNDO RECUPERADO EN MECANICISTA

En *El Criticón*, Critilo, el ‘avisado’¹⁷, el desilusionado, convencerá a Andrenio de lo que se ha llamado la ‘moral del desengaño’, tan cara a los hombres del Barroco. La novela terminará recomendando vivir cautelosamente para ganarse la otra vida, perdurable y firme. Parecida moraleja la de Calderón en *La vida es sueño* y en *El gran teatro del mundo*.

El Buen Conductor de su Razón también regresa desengañado, pero de otra cosa: desengañado del mundo de las ‘cualidades’. Recupera el Mundo Físico, pero reducido a lo que permita la observación y la física matemática. Los vivientes, igual que el mundo físico, los deja reducidos

¹⁶ Por supuesto, esta denominación es retrospectiva y anacrónica.

¹⁷ Cf. «estar sobre aviso». Incluso podría traerse a cuento la ‘literatura de avisos’ tan típica del Barroco (Padre Barrientos).

a extensión en movimiento, porque es lo único donde no hay engaño. ¿Y los colores y sonidos? ¿Y la poesía, la belleza, los sentimientos? Apariencias subjetivas sin cabida en este mundo recobrado: éste es un mundo mecánico, como aquellos mecanos de la época a los que se daba cuerda y que él había visto en los jardines de los magnates de su tiempo, como aquellos relojes a los que un muñeco golpea con su mazo cuando han de dar la hora...

Descartes deja abierta la gran escisión, la gran herida del mundo moderno. Pensamiento y Extensión: dos mundos que no se encuentran, aunque coexisten pegados.

Nadie encontró, hasta el día de hoy, esa ‘glándula pineal’, presunto punto de contacto entre lo espiritual y lo físico. Y lo que más importa: con Descartes, la Ciencia deja al paio los sentimientos, lo cualitativo, la belleza y el arte, la fantasía... No son ‘científicos’. *Eppure...*

IX. DE LA DUDA Y LA DESAZON A LA CERTEZA Y LA SERENIDAD

Si debajo de lo que escribe Descartes se ve al sujeto que, personalmente, perteneció al gremio de los filósofos y científicos, el poner su Orden Correcto de la Razón en cotejo con la aventura por la que pasan los personajes simbólicos antes mencionados, tal cotejo no pasa de *divertimento* curioso. Si, en cambio, se pone como sujeto a la mente misma, esto es, a un arquemodelo, ya da qué pensar. He aquí que tres mentes, pensando individualmente, repiten un proceso que, a grandes líneas, se parecen (¿por coincidencia de época?).

Tanto confía en la razón el Buen Conductor que se atreve a radicalizar la duda hiperbólicamente, precisamente para obtener seguridad absoluta. Sin embargo, el que en determinado momento reconociese que, a falta de otra certidumbre, también se daría por satisfecho con estar cierto de que nada hay cierto, nos delata que estamos ante un personaje que desempeña su papel no sin su dosis de teatralidad.

Igual que el Buen Conductor cartesiano, también Don Quijote, Segismundo y Andrenio-Critilo comienzan en actitud de ponerlo todo en duda y estar suspicaz, ‘estar sobre aviso’. «Que las cosas del mundo todas se han de mirar al revés para verlas al derecho», alecciona en *El criticón* un viejo a un jovencito).

También sus tres hermanos de época van por el mundo, como el Buen Conductor, quitando máscaras y demandando la verdad desnuda. Don Quijote, personaje declaradamente fuera de la razón sensata, atribuía los errores a encantamientos de los ‘magos’, sus enemigos. No sabemos a qué atribuían los otros –propriamente sus creadores, Calderón y

Gracián— eso de que espontáneamente todos finjamos y nos dejemos engañar por las ficciones ajenas. Las pasiones son, por lo pronto, el motivo de que, la primera vez que Segismundo es elevado al trono, se desboque: en este caso la explicación implícita remite a un origen religioso-moral. Es de suponer que al mismo desarreglo por consecuencia del pecado original atribuyese Gracián que la vida social sea esa farsa organizada¹⁸.

Porque el Buen Conductor va hilando todos los razonamientos, porque la tradición nos lo entrega como perteneciente al gremio filosófico y porque se presenta modestamente como un yo asumible por cualquiera, podemos no darnos cuenta de su extremosidad. Es cuando le vemos discutiendo en serio hipótesis tan inverosímiles como la del Genio Maligno o exigiendo para cualquier toma de decisión la diafanidad de lo matemático o llegando a la conclusión de que todo en el mundo es mecanicismo cuando nos percatamos de su desmesura y maximalismo racionalistas. Y, sin embargo, he aquí que el racionalista extremo, al final de las *Meditaciones*, también reconoce que la naturaleza no nos hizo tan racionales. La última línea reconoce melancólicamente «la debilidad de nuestra naturaleza».

El hecho es que, si a los cuatro personajes, les vemos comenzando en actitud de suspicacia y escarmiento, al modo de los adolescentes, al concluir los observamos serenos y sentenciosos, como corresponde al ‘otoño de la varonil edad’, que dice Baltasar de Gracián. Con lo expuesto no he pretendido reducir a Descartes a un literato que construye un personaje simbólico, pero si pocos de sus lectores habrán cumplido el programa de hacer esos *ejercicios metafísicos* «siquiera una vez en la vida» y si otros filósofos también cultivadores de la razón no se han atendido a ese Orden Correcto de la Razón, procederá admitir que en él había un factor de creatividad, igual que en la pieza de un literato. Ahora bien, de cualquier argumento es propio que tenga un ‘buen acabado’. Una ‘historia’ debe ser una ‘buena historia’. De algo de eso debió percatarse el propio autor de *Los principios* cuando recomendaba que primeramente se leyese el libro «todo seguido como una novela».

De ese maximalismo rotundo vendrían, precisamente, los reparos que otros le harían. El racionalismo moderno conlleva, como alguien dijo, algo de ‘golpe de mano’. ¿Quién, de antemano, nos garantiza que todo en todos los ámbitos puede presentarse tan claro y distinto como lo matemático? El matemático Pascal, como se sabe, fue el primero en

¹⁸ Sin duda estaba impresionado por la hipocresía de grandeza hueca en que, efectivamente, vivía la sociedad española en aquel período de decadencia. Pero tal explicación no pasa de ocasión circunstancial.

oponerse a esa matematización universal –*mathesis universalis*– en nombre del *esprit de finesse*, es decir, la *finura* para captar los matices de las cosas y de los estados de ánimo y de todo cuanto se *comprende* por el sentido en lugar de explicarse por causas.

X. LO EFIMERO Y LO DURADERO

El hombre Renato Descartes murió el año 1650 y, por cierto, ocupado en algo no esperable de un filósofo. La Reina Cristina de Suecia lo tenía entretenido escribiendo una comedia para ser representada en la corte. Murió de una pulmonía, porque de todos modos la estrambótica reina quería recibir lecciones de filosofía, pero a las seis de la mañana y en el clima de Estocolmo. Sus enemigos dijeron con ironía sarcástica que las ‘cualidades secundarias’, por él negadas, habían tomado venganza del matemático.

Murió Descartes, pero el Buen Conductor sobrevive.

No es preciso, para serlo, hacer ese *ejercicio metafísico* literalmente. En sentido más amplio, lo somos todos en cuanto racionalistas, lo es *el hombre moderno*, en cuanto que sigue encomendando sus convicciones al resultado de lo que encuentre su razón pensando. ¿Quién que es no es racionalista? El Buen Conductor es todavía nuestro contemporáneo.

Pero lo es también con su herida abierta. La razón pura, la ciencia, entregan resultados en confort y prosperidad material. Sin embargo, el individuo humano necesita también saciar sentimientos, creer en ideales, poblar su mundo con ficciones literarias y artísticas, sentir poéticamente, encontrar allende el gran teatro del mundo la justicia que aquí no se nos hace, la felicidad que en este mundo no alcanzamos nunca plenamente y para siempre...

Todo esto, que el yo necesita, no lo suministra la razón fría y diáfana como el cristal. Lo que hoy se denomina Postmodernidad quiere encontrar, «al otro lado del espejo», todo aquello de que la razón pura nos deja mutilados. Los postmodernos sentimos esas carencias, aunque no sepamos cómo subsanarlas.

En todo caso, lo que aquí nos interesaba es el caso de Descartes y resulta que el racionalismo de éste va vinculado a un determinado método que –acabamos de verlo– es más de lo que, de ordinario, se advierte en él. La lectura normal trocea ese Discurso del Orden Correcto en tesis, cuya validez se discute y comenta después una a una. En cuanto a la secuencia o discurso, se la toma como mero hecho histórico: la autobiografía intelectual de su autor. La lectura aquí propuesta repara en que tal Orden Correcto lo pone –lo compone– la Razón misma, concretamente

un sector de ella que va inadvertido a la conciencia; así se infiere, por implicación, del texto en cuanto *opus factum*. El cotejo con textos literarios de personajes simbólicos permite detectar que funciona una estructura común a grandes líneas: es desde esa comunidad desde donde cabe discernir entre un texto verídico como de filósofo y un texto literario como de quien habla con símbolos. Al fondo, está una estructura de cordura y buen sentido: alguien que siente dudas, compone una dubitación hipotética universal y cierra el proceso con una certidumbre igualmente universal, si bien ésta no hipotética, sino asegurada por argumentos diversos tomados de la Realidad. Por éstos su decir se hace *veritativo* en lugar de simbólico, pero también por eso mismo sometido a debate.

Por supuesto, Descartes no se percató de lo aquí expuesto y es de suponer que lo rechazase si se le propusiese, pero aquel texto suyo invitando a que se leyese su libro «todo seguido como una novela» delata que vislumbró una consecuencia: que su discurso comparte un rasgo con un relato cualquiera¹⁹. Ambos, su método racionalista y los relatos simbólicos con los que les he emparejado, son un proceso por etapas que ha de concluir con un ‘buen cierre’, el cual dará sentido a su inicio y desarrollo. Al fondo, está la Lógica del buen sentido, un código inadvertido, pero no menos actuante que ese otro que, por antonomasia, usurpa el nombre de Lógica. Todavía estamos en los umbrales del proceso para comprender cómo funciona la mente cuando ha de habérselas con más materiales que con lo ‘formal’, pero al menos nos percatamos de que disponemos de una clave delatora: el análisis comparativo de sus productos²⁰.

¹⁹ Aquí procedería traer a cuento cómo se entendía, en aquella época, la novela, que por supuesto no es cómo se la entiende desde finales del siglo XVIII y, sobre todo, desde el siglo XIX.

²⁰ Para mayor información del sistema de ideas que subyace al planteamiento de este estudio puede verse mi trabajo «Análisis icónico de la filosofía», *Letras de Deusto*, XXIV 62 (1994), pp. 61-86.

GLOSARIO

Árquico: Lo que da la clave de sentido a una pluralidad de elementos heterogéneos. El círculo, por ejemplo, nos da la clave para dar sentido a arcos diversos (de medio punto, de herradura...), a elipses, a espirales, a pelotas abolladas...

Arquemodelo: Modelo impersonal de comportamiento, que surge de lo *árquico* de la mente, de esa zona donde actúa la Lógica de sentido o cordura.

Arquevivencia: Vivencia *árquica* que impregna todo un sistema cosmovisional.

Cisconsciente: Por contraste y complemento de consciente, inconsciente, subconsciente, introduzco este vocablo para designar la parte de actividad del sujeto del discurso que no es resultado de decisión reflexionada ni de inferencia lógica y que tampoco se debe a la mera costumbre.

Icónico: Lo figurativo que intenta asemejarse lo más posible a la cosa a que remite.

Veritativo: Que pretende ser verídico.